

JENIO SIN ALAS

(NOVELA)

No es un hermoso templo el de Santa Ana: debería serlo por su situación en el centro de un gran barrio opulento, por la influencia i prestigio de que han gozado sus párrocos en el Arzobispado i entre sus feligreses, pero mui especialmente por la fama, extendida por todo Santiago, de que concurren a sus misas las niñas mas bonitas de la ciudad. La fachada carece de majestad i de elegancia: su única torre, baja i gruesa, solo tiene el mérito de formar con las murallas un conjunto pesado i tosco. El interior corresponde a este desgraciado aspecto exterior. Así, en los dias de grandes ceremonias, cuando la iglesia se cubre con la pompa de sus cortinajes, sus flores i luces, cuando el órgano, la orquesta i los cantantes la llenan de armonías, aseméjase a esas mujeres gruesas i demasiado maduras que se adornan como niñas bonitas i charlan con afectada coquetería.

En un dia sábado, habia en el templo numerosa i elegante concurrencia, como que se celebraba el nata-

licio de cierto santo mui querido del cura i de sus feligreses. El santo celebrado vestia su traje de parada i parecia sonreir, gozoso i agradecido, a esa multitud, bondadosa i creyente que, despues de varios siglos, continuaba festejándole con igual entusiasmo i fervor, sin que siquiera hubiera tenido la fortuna de conocerle de vista.

Los grupos de mujeres elegantes i de niñas bonitas ocupaban, como por unánime i tácito acuerdo, los sitios mas visibles del templo, mas despejados i abiertos a las miradas de los hombres, que en grupos ménos numerosos i en actitud algo irreverente, rendian homenajes a esa divinidad de la belleza femenina, que sin duda tiene en la tierra mas fervorosos prosélitos que las imájenes de los altares.

I era curioso observar el deseo oculto a que obedecia el mas insignificante movimiento de las mujeres! Los hombres miraban de frente i con franqueza, talvez con demasiada audacia para estar en un templo; pero ellas, no arreglaban sus bordados mantos de espumilla, no abrian el libro de marfil con broche de oro, no secreteaban con la amiga vecina, no pasaban por su rostro la blanca manecita, resplandeciente con los destellos de alguna piedra preciosa, sin dirijir una mirada furtiva al grupo tentador de los Adanes. En todas partes, hasta en el templo, Eva está inquieta como en el Paraiso.

En el presbiterio, al rededor de la santa mesa del altar, los sacerdotes, vestidos con sus casullas bordadas de oro, celebraban la misa como embriagados por la atmósfera pesada por el olor de las flores i el humo del incienso. A veces uno de ellos alzaba al cielo su voz de extraño timbre, gastada por los años: la misma voz espiritualizada de los profetas i de los magos, que parece venir de Jerusalem o de Roma.

Hubo un instante de grave silencio; los sacerdotes se sentaron en los sillones de alto respaldo, mientras toda la concurrencia parecía esperar con ansiedad algo extraordinario o delicioso, algo cuyo conocimiento era talvez el principal objeto de su presencia en el templo. Solo se escuchaba el ruido de las cadenas de plata de los incensarios, que se cimbraban medio apagados. De improviso, hasta ese ruido cesó, esparciéndose por las naves las notas claras i vibrantes de un piano tocado por mano atrevida i maestra, al mismo tiempo que una hermosa voz de soprano entonaba un himno relijioso, tan tierno, tan lleno de fé i de esperanza, que a su influjo todas las mujeres cambiaron de actitud, i hasta las mas distraidas i curiosas inclinaron la pálida frente i cerraron los ojos como para gozar, absorbidas en el fondo de su conciencia, de aquella sublime realidad que las conducia al cielo. Al principio, parecia brotar de la tierra una queja universal que se concentraba en una tierna súplica hácia Dios; la palabra de consuelo i de esperanza descendia de lo alto, i entónces una alegría infinita inundaba los corazones desfallecidos i la naturaleza entera entonaba un himno de gracias al Señor!

La artista habia concluido su canto, i las mujeres continuaban de rodillas, i los sacerdotes parecian clavados en sus sillones de alto respaldo escuchando todavía el eco de la última nota, que vibraba en todos los corazones.

En verdad que nadie se preocupaba en esos momentos del pobre santo cuyo cumple-años se celebraba: el anhelo, el entusiasmo, el interés unánime de la concurrencia se cifraban en la artista que habia producido tan intensa i deliciosa emocion. ¿Cómo podia la voz humana hacer esos prodijios? ¿Cómo se arreglaban esos sonidos misteriosos, de dónde se arrancaban

esos ruidos que espresaban la realidad en una forma tan sutil i vaga i al mismo tiempo tan profundamente sentida?

La misa continuó, i cuando el sacerdote que la oficiaba dejó oír de nuevo su voz, como si quisiera poner de relieve los dos extremos del canto humano, centenares de comprimidas sonrisas formaron mudo coro al cantor. Una señora, que probablemente no era mui devota, interpretando el sentimiento jeneral, dijo esta frase al oído de su vecina:

—¡Qué fea es la voz de Dios en la tierra!

La multitud se arrodilló para recibir la bendición que el sacerdote le enviaba desde el altar, i se persiguió precipitadamente, al mismo tiempo que se dejaba oír un confuso rumor de rezos a medio pronunciar. Se arreglaban los trajes, se envolvían los rosarios como pulseras en la muñeca de la mano, se recojían los devocionarios i las alfombras i se intentaba salir del templo sin demora.

Talvez en esta precipitación, en esta especie de atropello por salir de la iglesia rápidamente, entraba por mucho la curiosidad de contemplar a la jóven que tan profundamente las habia conmovido. Los hombres ya estaban instalados en grupos sobre las gradas, mientras las mujeres seguían ahora paso a paso, volviendo curiosas la cabeza i revelando así que el castigo de Lot no les ha servido de escarmiento.

Al fin apareció ella, acompañada de una señora de edad, destacándose entre la multitud, pues era mui esbelta.

No traía el manto apretado a la cabeza, sobre el alto peinado en boga, como era la costumbre, sino suelto i casi caído, luciendo el hermoso rostro, con esa orijinalidad e independéncia que es propia de los ta-

lentos superiores i de los que saben que son admirados i llevan un nombre célebre.

No era la jóven Felicia Ferrari lo que se llama una mujer bella; pero era un tipo interesante. Alta i delgada, tenia el aspecto endeble i poco airoso de las jóvenes que crecen con demasiada rapidez; sus hombros i seno carecian del relieve que en la mujer es belleza i vida, i solo en su claro rostro ovalado, de pómulos un tanto salientes, de grandes ojos negros, profundos i audaces, se anidaba cierta gracia estraña, mezcla de virtud i de provocacion, que habria confundido al mas experimentado fisiólogo. Un ardor febril de vida inestinguible resplandecia en los ojos i parecia circular por ese cuerpo lánguido i flexible.

El traje de Felicia era modesto en extremo: el vestido liso, sin adornos ni vuelos; i el manton, sin bordados, parecia de intento escojido así para ocultar bajo la orijinalidad i la sencillez un orgullo que por falta de recursos no podia ostentarse con lujosos atavíos.

Cuando salió del templo, la multitud se estrechaba sobre las gradas para verla pasar. No se sabia decir si las mujeres miraban simplemente con curiosidad i estrañeza, o con un poco de envidia, a ese valioso i poco comun ejemplar de su sexo; por lo que hace a los hombres, comentaban la actitud desdeñosa i triunfal de la jóven, que se deslizaba lijera en medio de esa silenciosa apoteosis a su jenio, i mas de uno hubiera deseado verla domada i vencida ante él, por el amor.

II

Desde muy niña, la vida de Felicia habia sido un triste romance de sacrificios i de pesares. Su madre, Victoria Wesley, era hija de un inglés bastante rico i de

una señora chilena residentes en Valparaiso; pertenecía, pues, a esa sociedad cosmopolita, opulenta i bien relacionada de la gran ciudad comercial. Tenia varias hermanas; pero siendo ella la mayor, la mas hermosa, i, segun se decia, la mas inteligente, era tambien la predilecta de sus padres. Debió ser así, porque cuando cumplió diez i siete años, Mr. Wesley hizo un viaje a Inglaterra i la llevó consigo. Su mujer i demas hijos quedaron en Valparaiso.

Mr. Wesley, encantado de su hija, casi enamorado de ella porque entre sus numerosas cualidades sobresalientes tenia la de llevar el mismo nombre de la reina de la Gran Bretaña, paseó a Victoria por toda la Inglaterra i despues por toda la Europa, enseñándole idiomas i música, a que era mui aficionado. Durante cuatro años, la jóven estudió con los mejores profesores de Inglaterra i de Alemania, llegando a familiarizarse i casi a conocer a fondo a los grandes clásicos, cuyas obras ejecutaba al piano con asombrosa maestría.

Cuando Mr. Wesley regresó a Valparaiso, su hija volvía trasformada en una grande artista, i ambos, perdidamente enamorados de Mozart, de Beethoven, de Schuman i sobre todo de Wagner. Ah! sobre todo de Wagner, que era el gran reformador, el profeta de la música futura. Mr. Wesley volvía víctima de tres grandes afectos: Victoria su hija, Victoria la reina i Wagner. El que admiraba a Wagner era su amigo; el que dudaba de su jénio, de su influencia en el viejo arte maravilloso, trasformado por su ciencia i divina inspiracion, era un imbécil digno de su desden o de su lástima.

Cuando Mr. Wesley se instaló de nuevo en su elegante morada del Cerro Alegre, su primera preocupacion fué organizar un concierto semanal de música

clásica. Consultó la idea en el club con sus compatriotas mas íntimos, i todos la aceptaron entusiasmadamente, prometiéndose grandes goces en esas veladas. No ofreció inconveniente la organizacion de la pequeña orquesta: habia varios violines; pero se escojeria uno o dos de los mejores, un violoncelo, una viola i una flauta. La flauta, especialmente, era espléndida: un aficionado, verdadero artista, admirador de Wagner i conocedor intelijente de los antiguos clásicos. La orquesta era cosmopolita como la ciudad, un verdadero mosaico de nacionalidades: los violines ingleses, la viola sueca, el violoncelo frances i la flauta chilena, todos amigos, i pertenecientes a la buena sociedad porteña.

Satisfecho Mr. Wesley i casi orgulloso de su papel de propagador de la nueva ciencia musical en un pais completamente italianizado por los Donizetti i los Verdi, organizó el primer concierto para la noche del aniversario de Trafalgar.

La fiesta fué espléndida: los aficionados se desempeñaron como maestros; la concurrencia era poco numerosa pero escojida; el té ricamente servido. Fué aquella una velada deliciosa que dió el tono a las demas, i mui pronto, no solo en los salones sino en la prensa, se hablaba de los conciertos del clásico Mr. Wesley, llegando a ser un honor mui apetecido i buscado obtener una invitacion a ellos.

Pero como no hai cielo sin nubes, ni dicha eterna, de estos conciertos encantadores, de estas sublimes melodías, salió un rumor mui desagradable para Mr. Wesley, rumor que llegó a sus oidos en la forma de una pregunta hecha en la calle del Cabo.

—¿Mr. Wesley?

—¿Qué?

—¿Cierto que su hija se casa?

—¿Cuál?

—Victoria.

—Oh, yo no sé, dijo él disgustado i echando a andar de prisa.

Pero momentos despues encontró en la Bolsa al mismo sujeto que le habia dirigido la impertinente pregunta, se acercó a él un tanto serio i le dijo:

—¿De dónde ha sacado Ud. el cuento de que Victoria se casa?

—Me lo han dicho varias personas, estrañando que yo lo ignore, siendo amigo de Ud. i visitando su casa.

—¿I con quién le han dicho a Ud. que se casa Victoria? preguntó Mr. Wesley con cierta intranquilidad.

—Con Eduardo.

—¿Qué Eduardo?

—Con el jóven Eduardo Ferrari, la magnífica flauta de los conciertos de Ud.

Mr. Wesley miró con altivez a su interlocutor, i apretó los dientes i los puños.

—Ud. no va mas a casa, le dijo, Ud. no va mas a mis conciertos, porque eso es una mentira.

I le volvió la espalda sin esperar respuesta.

—Pero oiga Ud. Mr. Wesley—balbució el otro—si yo no tengo la culpa,

Pero Mr. Wesley descendia ya la escalera de la Bolsa i no se dignó volver.

En el concierto del próximo sábado, Mr. Wesley parecia mui preocupado, no aplaudia con el entusiasmo de otras veces, i cuando se sumió en los éxtasis deliciosos que le causaba la música, sus ojos un poco abiertos se fijaban alternativamente en Victoria i en Eduardo. La táctica debió darle los resultados que esperaba, porque en medio del concierto se puso de pié, ajitado i nervioso, murmurando:

—Es cierto; ¡se aman!

I se dejó caer en su asiento, presa de una especie de estupor, no ya producido por las celestiales armonías de la música, sino por el sentimiento de que Victoria amara a alguien que a su juicio era mui inferior a ella.

Eduardo era un jóven bien relacionado, intelijente, un tanto escéntrico, como debian serlo hasta cierto punto los admiradores de Wagner; pero eso no era sólido, ni constituia una posicion. El hecho, la suma total, daba este resultado: Eduardo no es sino un profesor del liceo, con ménos de mil pesos de renta i sin condiciones para el comercio. Semejante tipo ¿podia ser el marido de su hija i el heredero de sus cuantiosos intereses? Además, i esto no lo confesaba, pero lo sentia vibrar en su interior: él, ante todo, deseaba para su hija un marido inglés. Creia que los chilenos eran destestables esposos. Espíritu de nacionalidad!

Apénas M. Wesley conoció el peligro que amenazaba su felicidad, decidió evitarlo tomando medidas rápidas i enérgicas. Lo primero seria despedir al pretendiente; quiso hacerlo esa misma noche; pero tropezó con una dificultad gravísima: Eduardo era la flauta encantadora de sus conciertos, i sin ella las *soirées* perderian mucho de su atractivo. ¿Qué hacer? I Mr. Wesley, sin vacilar, llamó a un lado a uno de sus amigos i le dijo en tono confidencial:

—Entre sus relaciones ¿conoce Ud. alguna persona que toque bien la flauta?

El interrogado miró a Eduardo i vió que charlaba íntimamente con Victoria. Todo lo comprendió.

—Conozco a uno—dijo sonriendo—pero ni con mucho le iguala a Eduardo.

—No importa—replicó Mr. Wesley—traígalo Ud. i ensayará.

Así se hizo; i solo cuando el nuevo iniciado estuvo en aptitud de cooperar con brillo a los conciertos, Mr. Wesley escribió a Eduardo rogándole se retirara de su casa a fin de evitar las murmuraciones del público respecto de su hija. Terminaba agradeciéndole sus servicios, i hasta le ofrecia una indemnizacion pecuniaria, dado caso que se creyera perjudicado.

Pero era ya tarde; los jóvenes se amaban i se habian jurado eterna fidelidad. Estaban decididos a desafiar todos los sacrificios i a someterse a todos los martirios por realizar sus aspiraciones. Eduardo se retiró de los conciertos, pero no de la casa, que rondaba de noche i de dia, espiondo la oportunidad de ver a Victoria, hablar con ella por la ventana, entregarle sus cartas i recibir las de su amada. Esta nueva vida tenia para los enamorados un encanto que saboreaban con delicia.

El vecindario se apercibió con gran escándalo de esos amores a plena luz, i llovieron los anónimos dirigidos a Mr. Wesley que toleraba eso. Mr. Wesley, desesperado, reprendió duramente a Victoria, i la vigilancia para con la jóven se hizo mui severa. Eduardo envió a un amigo a pedir la mano de Victoria, i Mr. Wesley dijo que jamas!

La resistencia enardeció a los amantes, que desde ese dia ya no pensaron sino en buscar una oportunidad para casarse, aun contra la voluntad de Mr. Wesley.

Eduardo consultó el caso con muchos curas i todos se negaron a celebrar el matrimonio en esas condiciones. Al fin, desesperado de tanta resistencia, recurrió a la argucia de referir sus desgracias a un clérigo mui virtuoso i naturalmente con mui poca malicia.

—Victoria ha sido educada en la religion protestante—le dijo—i quiere hacerse católica i casarse en esta religion; pero sus padres se lo impiden.

El buen clérigo no vió desde ese momento la cuestion matrimonial, sino la mas grandiosa i sublime de atraer a esa oveja descarriada al rebaño del verdadero Dios, i una mañana les casó en el templo, sin sospechar el engaño de que era víctima.

¿Despues? Despues ocurrió lo de siempre: la esposa se fué con el marido, miéntras los padres lloraban la humillacion i la vergüenza del escándalo que no supieron evitar.

Cuando nació Felicia, ya hacia mucho tiempo que la luna de miel de Victoria habia pasado para no volver. La desgraciada estaba ligada para siempre a un calavera que solo sentia por ella el tibio afecto de una gratitud que se extinguia por momentos. Por fortuna, ella le amaba a pesar de sus vicios i defectos, i su amor doraba la miseria de su vida i le conservaba los únicos goces de que en su situacion podia disfrutar.

Llegó un año en que todo pareció derrumbarse sobre la cabeza de Victoria: su marido perdió el empleo i su padre murió arruinado, dejando, en vez de la cuantiosa herencia que sus hijos esperaban, un legado de créditos que la testamentaría no tuvo con qué cubrir. Entónces, la valerosa i abnegada mujer, venciendo preocupaciones sociales i la resistencia de su propia educacion, se lanzó a ganar la vida con sus propias fuerzas, i tuvo que empeñar su anillo de desposada para poder grabar estas palabras sobre una plancha de marmol:

Victoria Wesley de Ferrari

Da lecciones de canto i piano

Su madre i hermanas, que no la veian desde el dia de su matrimonio, i que conservaban, a pesar de su abatimiento, el orgullo de su antigua posicion, no le

perdonaron este último golpe asestado a su vanidad. Hubieran querido que ocultara en el silencio su miseria, ántes que sufrir el bochorno de verla ejercer una profesion que la confundia con el vulgo de las mujeres a salario. Ella, la regalona del opulento Mr. Wesley, que la habia paseado como una princesa por la mitad de Europa!

Pero el público, que no tenia por qué participar del egoismo i del necio orgullo de la arruinada familia de Mr. Wesley, aplaudió la noble conducta de la jóven, se abrieron para ella muchos salones i se le confió la enseñanza artistica de muchas niñas. Cierta comodidad modesta reemplazó mui pronto a la vida llena de privaciones i de angustias que llevaba la pequeña familia. El cambio no podia ser mas oportuno, pues Felicia tenia ya nueve años, era la mas aventajada discípula de su madre i principiaba a tener las exigencias de una niña que ha crecido al lado de una mujer culta i de buen gusto.

En verdad, el talento de Felicia era maravilloso: aprendia sin esfuerzo, sin estudio, muchas veces de una sola audicion, las lecciones que para otras desgraciadas constituian las tareas de muchas semanas. Parecia que para ella la música no tenia secretos, le bastaba leer una vez la composicion, i luego su blanca i flexible manecita se deslizaba graciosa sobre el teclado, arrancando una armonia de cada signo, sin que jamas se equivocara. Un observador intelijente habria notado en la ejecucion de esa niña cierta intencion que le era propia, esa orijinalidad e independendencia de los destinados a batir sus alas por las altas esferas de la gloria. La pequeñita parodiaba ya instintivamente los movimientos i los jestos escéncricos de los grandes maestros.

A veces, su padre, de pié junto al piano, fumando

su cigarrillo, la contemplaba embelesado i sonriente, convencido de que se encontraba en presencia de uno de esos fenómenos que se llaman jenios. Cierta orgullo de autor aplaudido i laureado le estremecía. Si, pensaba en su interior, esta muchacha no se morirá de hambre; hará una gloriosa carrera, yo mismo tendré con ella asegurado el porvenir. I ya se imaginaba pasearla por otros mundos, porque la patria era mui pequeño campo para su accion, rejuvenecido con el ruido de las ovaciones i de las monedas de oro que caian en tropel sobre un abierto cofrecillo. En esos momentos, sentia un placer desconocido e intenso, i como no queria hacer un elogio a su hija por no enorgullecerla, reconcentraba todas sus sensaciones en esta frase irónica de tuno:

—¡Es curioso! Esta pícara ha heredado el jenio musical de Mr. Wesley!

Lo que hacia sonreir a la misma Victoria.

Estos eran los únicos idilios que quedaban del antiguo amor.

Luego, venian los dias negros i tormentosos, en que Eduardo, despues de tomar para sí una parte de los sueldos de su mujer, se perdía de la casa hasta por una semana. Reaparecia dando esplicaciones inverosímiles. Aventuras i sucesos que ocurren una sola vez en la vida, le sucedian a él cada hora. Se creia víctima de la persecucion de espíritus invisibles, a quienes él ningun mal habia hecho.

Victoria, acostumbrada a este jénero de vida, aceptaba resignada i tranquila, casi sonriente, todas las invenciones de su marido.

—Al fin, se escusa —decia, buscando en él algun mérito,—no ha perdido la vergüenza como otros.

I se consolaba de que su marido no fuera completamente un perdido. Pertenezia al número de esas

mujeres cuya bondad no tiene límites i que con su tolerancia contribuyen sin saberlo a hacer malos a sus maridos. Esposas dóciles que llevan en su naturaleza el hábito de la esclavitud. Verdad tambien que la menor contradiccion enfurecia a Eduardo i daba lugar a escenas dolorosas.

Felicia recordaba siempre con espanto la noche en que su padre, ebrio i furioso, hizo un *auto de fé*, como él decia, con todos los clásicos, quemando en medio del patio los libros de música de Victoria, para castigarla por no haberle dado dinero! ¡A cuántas privaciones hubo que someterse para adquirir otra vez los libros destruidos!

Otras veces, i esto era cuando estaba de buen humor, llegaba representando el papel de celoso: queria saber quién habia estado de visita ese dia, i como le dijeran que nadie, él insistia, repitiendo la pregunta hasta que se le confesaba la verdad. Aquello era impertinente i fastidioso para las pobres mujeres, aunque para Eduardo fuera mui divertido. Llevaba la pesada broma hasta el extremo de sacar el estoque de su baston i amenazar con su afilada punta tanto a Victoria como a Felicia, que asustadas se echaban a llorar. Entónces el antiguo flauta de la orquesta de Mr. Wesley cambiaba de táctica i rejistraba minuciosamente toda la casa, levantaba la carpa de la mesa redonda i las colchas de los lechos dando estocadas a fondo, como si persiguiera a un oculto rival.

De esta manera, Eduardo llegó a ser para la niña Felicia un objeto de horror. Ella veia a su pobre madre trabajar sin descanso para subvenir a todas las necesidades de la vida, sin que su padre contribuyera a los gastos con un solo centavo, escusándose con que nada ganaba. En ocasiones, Victoria se veia obli-

gada a darle dinero para que se comprara ropa, sobre todo sombreros, que con frecuencia llegaban abollados i hasta despedazados; pero lo que mas afligia a Felicia era ver a su madre de pié hasta las dos o tres de la mañana, esperando a su marido para abrirle la puerta, pues perdía todas las llaves, i con el anafre pronto para servirle el té!

Una noche de invierno, Victoria estaba en cama, bastante enferma, i Eduardo llegó como siempre cerca del amanecer. Victoria le habia dejado la llave en la ventana, de manera que empujando los postigos, pudiera tomarla. Lo habia hecho así otras veces; pero esa noche, Eduardo insistió en que se le abriera la puerta, repitiendo que eso era una insolencia i un desprecio para con el dueño de casa. Victoria se levantó de su lecho, atravesó el patio húmedo con la helada i abrió la puerta; pero fué la última noche. Al dia siguiente estaba mui enferma; habia tomado una pulmonía. Una semana despues se la enterraba. Habia muerto cumpliendo en silencio su deber de esposa mártir, asesinada en secreto e impunemente por su propio marido.

¿Qué iba a ser de la pobre Felicia, viviendo al lado de semejante padre? Pero la jóven inspiraba simpatías i mas de una persona jenerosa intentó llevarla a su lado. Una de las hermanas de Victoria, olvidada del pasado, hizo valer sus derechos de familia; pero Felicia i Eduardo estimaron odiosa la proteccion de parientes a quienes solo debian humillaciones, i la rehusaron. Entónces Eduardo pensó en su madre, a quien jamas habia protejido, en su vieja i pobre madre que pocas veces recordaba, por falta de tiempo, segun él decia. I seguro de haber resuelto la dificultad, repitió varias veces en alta voz esta frase, que habia oido muchas veces a su madre:

— Donde comen dos, comen tres

— Pero . . . seríamos cuatro—observó Felicia—¿O acaso no me cuentas?

— Sí— dijo él—pero lo mismo es. ¡Comes tan poco!

VICENTE GREZ.

(Continuará)
